

- *Caminos* -



*María Ferrando Ferrer y su nieta Graciela*

San Pedro. Pequeñísima población situada a escasos kilómetros de Villa Dolores, en la provincia de Córdoba. Pequeño y pulcro cementerio blanco, al final de una ancha calle de tierra, rodeada de sembrados y casitas humildes. Allí, las dos tumbas blancas, una al lado de la otra. Paco y María.

Mis abuelos maternos.

Mientras me alejo lentamente, las visualizo como dos puntitos muy pequeños en la inmensidad de una historia. ¿Qué hacen allí Paco y María, tan lejos de las huertas y la tierra de España? ¿Qué intrincados caminos se fueron anudando desde Alguazas y Blecua, donde pasaron su niñez, hasta este blanco rincón de Argentina?

Yo conozco las respuestas. Viví con mis abuelos y pude disfrutarlos hasta su vejez. Por eso sé que si recorro en mi memoria y en mi corazón el dibujo de sus vidas, no es en ese pequeño y pulcro cementerio de pueblo donde se encuentra el final. Porque no hay final: sus vidas siguen pintando colores en otras vidas, las de los hijos, nietos y bisnietos, y el dibujo sigue y seguirá...

En Barcelona vivieron los tiempos del amor y las esperanzas compartidas: él, ferroviario sindicalista, ella, cocinera en casa de familia rica. Se casaron, y comprar los muebles, armar una casa y

proyectar una vida en familia fueron los sueños de entonces. Pero la guerra ya asomaba, y como toda guerra, sacudiría sueños y proyectos.

Tuvieron dos niñas: Azucena, mi madre, nacida en 1936, y Lina, en 1938. Durante ocho años, por su condición de republicano y sindicalista, mi abuelo Paco tuvo que vivir en la clandestinidad, ocultado por amigos y parientes, hasta que pudo escapar por Francia, para luego venir a la Argentina en 1948. Ocho años en los cuales sus hijas pudieron verlo contadas veces, y mi abuela María luchaba a brazo partido por la mínima subsistencia, en Alguazas...

En esos años, tuvieron un niño, que murió de viruela mientras ella estaba detenida para que denunciara el paradero de su marido, y se enteró por el barquero que hacía el cruce del río, cuando regresaba al pueblo... (Oh, abuela, abuela, cuesta imaginar tanto dolor! Cuesta imaginarlo hoy, recordándote tan entera, tan graciosa, tan fuerte entre tus gallinas, tus guisos nutritivos, tus mil refranes y dichos salerosos para toda ocasión, tus frazadas de cuadros multicolores- herencia amorosamente atesorada por cada miembro de la familia, pues tejiste puntualmente una para cada uno, del más chico, al más grande, mientras generabas a tu alrededor ese espacio de encuentro y apoyo que fue absolutamente indispensable en nuestras vidas. Pero yo recuerdo la pena infinita en tus ojos azules la tarde en que me lo contaste).

En 1948 Paco llegó a la Argentina. Buenos Aires lo vio, apuesto y gentil, buscando su lugar. En 1951 pudo por fin traer a su familia: María, su esposa, mi madre, Azucena, de catorce años, y mi tía, Lina, de doce, llegaron con sus ojos azules abiertos y asombrados a este otro mundo que les mostraba una cara tan diferente de todo lo que habían conocido hasta entonces; plena adolescencia, pleno peronismo, plena Argentina con sus grandezas y miserias.

Después de dos años de residir en la capital, el lugar para recomenzar fue San Pedro, provincia de Córdoba, donde mi abuelo se hizo cargo de la finca de un hermano que había llegado con anterioridad a Argentina.

Allí se dedicaron a la siembra de pimientos, principalmente, y a otras tareas rurales. Miro la fotografía de una delgadísima y erguida muchachita montada a caballo: es mi madre, que encontraba en las cabalgatas un escape para sus penas e inquietudes, y trato de imaginar el mundo de entonces en sus ojos.

Hay muchas fotos, me rodeo de ellas, pequeñas, grandes, de bordes recortados. Las miro y así voy recorriendo aquella etapa de sus historias: veo la melena blanca de león de mi abuelo, resaltando sobre un rostro quemado por el sol, veo a mi abuela secándose las manos en el delantal o inclinada sobre los almácigos; a mi madre, de pantalón y chaleco, sobre un fondo de pimientos, a mi tía, con el

rostro pensativo y una flor en el pelo...Instantes de sus vidas capturados para siempre en blanco y negro. Los veo en momentos de trabajo, en momentos de descanso, en encuentros familiares... Veo a sus amigos, otros emigrados como ellos, que fueron conformando esa otra familia que desde entonces hasta hoy nos pertenece desde el afecto...

Y me encuentro yo. En brazos de mi abuela, subida a los hombros de mi abuelo, pequeñita, creciendo... Y a partir de aquí, ya no reconstruyo ni imagino: es mi propia vida la que testimonia la de ellos.

Mi abuelo fue electo intendente de San Pedro en el gobierno del doctor Humberto Illia; se postuló desde el padrón de extranjeros, y ganó por amplia mayoría. Cuando Illia fue derrocado por el golpe militar de Onganía, mi abuelo dimitió inmediatamente. Pero su renuncia nunca era aceptada; sus vecinos le reclamaban una continuidad que él pudo darles por un tiempo más. No es mi subjetividad la que dice esto: su honestidad no tuvo fisuras, y el recuerdo de la gente y las obras realizadas están allí como testimonio; hay recortes de diarios de la época en donde se habla de él como “el único intendente que entregó el municipio con superávit, con las cuentas transparentes y con obras públicas importantes puestas en marcha y cumplidas”. Y aún hoy, tantos años después, siguen llegando a mi familia, remontando el tiempo, muestras de afecto y de respeto por “don Paco” de la gente más diversa.

Mi primera infancia fue de árboles, vacas, acequias para bañarse y viajes en camioneta con mi abuelo a la municipalidad, o a Villa Dolores, donde ya se habían mudado mis padres; fue un tiempo de visitas y contactos con toda la gente sencilla desparramada por esos campos: recuerdo ranchos encalados, horcones y enramadas, manos callosas por el trabajo, mujeres simples que me daban la bienvenida con pan casero y buen humor para “la nieta de don Paco”, aventuras con los chicos de mi edad persiguiendo chanchos y juntando espárragos en las acequias, el miedo estimulante de algún encuentro con una víbora...

Mientras tanto, mi abuela, a la que todos llamaban “doña Mari”, nos cuidaba y trabajaba sin descanso; plantaba tanto papas y pimientos como flores, blanqueaba, fregaba, tejía, cosía, horneaba, ordeñaba, reía, cantaba, retaba (temibles retos), organizaba: “¡Ala, tira pa'lante, que hay mucho por hacer!”, era su frase cotidiana.

Cuando comencé la escuela, dejamos la finca y nos fuimos a vivir a Villa Dolores. Mi abuelo siguió siendo papero, primero en sociedad, luego como colaborador, ganando lo justo para una subsistencia digna, que le permitió obtener el único bien material que tuvo en toda su vida generosa: una casa propia. Una casa espaciosa, donde mis hermanas y yo, y luego mis primas, nos dedicábamos afanosamente a perseguir todos los escondites que mi abuela lograba inventar para sus famosos rosquitos, delicia sólo reservada para el abuelo, y por lo mismo más deseados por nosotras. Esa casa

fue el lugar de encuentro para todas las guitarreadas y mateadas de la adolescencia, fue el lugar del fuego en el hogar, frente al cual nos sentábamos con mi abuelo a comentar algún libro, a charlar, mientras nos llegaba el olor delicioso de la comida de la abuela. Él era un autodidacta reflexivo, gran lector, de inteligencia brillante, ideas abiertas y gran sentido del humor. Con delicadeza e ingenio, supo alimentar mi inteligencia, mi amor a la lectura, mi capacidad de argumentar y defender mis ideas, aún a pesar de todas mis torpezas e inconciencias adolescentes.

Dos años antes de su muerte, nació Pablo, mi hermano menor, su único nieto varón. Lo disfruté intensamente. Su familia fue el regalo magnífico con que lo recompensó la vida. Murió de un enfisema pulmonar cuando yo cursaba mi último año de secundaria. Mientras estuvo internado en la clínica, no perdió ni por un momento su gentileza y lucidez. Le faltaba el aire, pero se preocupaba más porque yo fuera a casa a almorzar que por su propio estado, por ejemplo, o guardaba las naranjas que le llevaban y decía: “Toma, llévaselas a Pablito”.

La clínica se convirtió en una romería de visitantes de las más diversas clases sociales, gente que llegaba en sulky, en bicicleta y a pie, o en autos de último modelo; viejos, jóvenes, madres con sus niños, gente a toda hora. Creo que recién entonces comenzó a vislumbrar quién era él y quién había sido para los demás

En un momento en que nos quedamos solos, me dijo en un murmullo: “No habré hecho dinero, pero parece que sí supe hacer amigos”. Fueron casi sus últimas palabras, y hasta el día de hoy bendigo ese instante.

Seguramente tuvo muchos errores; más de una vez debe de haber fracasado o caído, pero su profundo respeto por la igualdad de la gente, su mirada sin prejuicios, su honestidad, su coraje en la lucha por sus convicciones, su tolerancia, su capacidad de trabajo, su mirada siempre adelante, son huellas ciertas que quedaron de su paso por la existencia.

A mí me dejó, además, su ternura y paciencia, su amor al saber, su sentido del humor; me dejó a Serrat, me dejó los libros, y por ahí flotan, como una brújula para mis momentos difíciles, su gracia para vivir y su apasionamiento por la vida.

Después de su muerte, mi abuela vendió la casa. Este es el punto en el que me centro para tratar de expresar la verdadera esencia de todo esto que cuento. Dividió el dinero entre sus hijas, con lo cual pudieron mejorar sus viviendas, y se trasladó a vivir con mi tía. Con su limitada jubilación se dedicó a ayudarme a mí para que pudiera estudiar en la capital cordobesa, y a sacar de apuros a todos los miembros de la familia que pudo. ¿Cómo iba a aferrarse a una casa- la que tanto les costó conseguir-, si con su venta podía continuar “tirando pa'lante” la vida?

Y siguieron veinte años en los cuales mi abuela, mi diminuta, graciosa, lúcida, fuerte, apasionada y vital abuela, se convirtió en el leño del hogar siempre encendido alrededor del cual todos podíamos acurrucarnos, y sentirnos incondicionalmente apoyados, contenidos, estimulados a seguir nuestros caminos y nuestros sueños. Mi abuela era mi casa.

Era ella la única de la familia que se leía todo el diario, que se indignaba con las injusticias con el mismo apasionamiento feroz de la juventud, que resolvía y aconsejaba con la tremenda sabiduría de su sentido común, de su comprensión por las debilidades humanas, de su conocimiento de las cosas por las que valía la pena luchar.

No recuerdo haberla escuchado jamás hablar de España con nostalgia quejosa o lacrimógena. Aquí estaban sus afectos, aquí había mucho para hacer, ¿qué sentido tiene llorar por lo perdido?

Por eso España fue para nosotros, para mis hermanos y primas, el lugar de las anécdotas felices, de las coplas, de los refranes jugosos, de los paisajes maravillosos. La música, las comidas, las costumbres españolas estaban incorporadas en nosotros desde la alegría. Y hasta el día de hoy, en que todavía soñamos con conocer esas tierras, sentimos que para nosotros “ir” a España, en realidad sería un “volver”.

Y sin embargo, pude vislumbrar las ráfagas de dolor en sus ojos claros cada vez que alguna carta le traía la noticia de la muerte de algún hermano, de alguna hermana, de algún amigo, de alguno de los seres queridos que nunca más pudo volver a abrazar.

A los ochenta y siete años volvió a España, y dos años después viajó otra vez. En cada viaje estuvo dos meses. La esperaron y disfrutaron su cuñada, única persona de su generación que aún vivía y todos sus sobrinos. Volvió a su pueblo, a su casa materna, a Alguazas, a todos los caminos recorridos en su niñez, en su juventud, en sus primeros años de casada.

Encontró todo muy cambiado... ¡y se fascinó con los cambios!. Volvió llena de admiración y observaciones agudas más propias de un viajero aventurero que de una anciana que volvía a su tierra después de cincuenta años. Esa era mi abuela.

Mientras tanto, sus flores se reproducían, sus gallinas ponían huevos, mis hermanas y mis primas nos peleábamos por tenerla en nuestras casas por más tiempo, sus frazadas nos abrigaban el alma, y ella seguía tan sana, tan vital, tan graciosa, tan sabia y tan lúcida como siempre. El duende de Zaragoza, solíamos llamarla.

Murió a los noventa y dos años, entera, digna, llena de luz hasta el último instante. Rodeada de amor. Mis hermanas y yo la abrazamos muy fuerte cuando dio su último suspiro. “Ya podés descansar,

abuela”, le dijimos. “Ya está todo hecho, nos lo diste todo. Te dejamos ir...”. Y allá debe haber volado su espíritu a reencontrarse con su amado Paco.

Pero siempre vuelve. La siento revoloteando por mi vida todo el tiempo, cada vez que la necesito.

San Pedro. Pequeño cementerio blanco. Dos tumbas muy juntas. ¿Qué hacen allí Paco y María, tan lejos de las huertas y la tierra de España? ¿Qué intrincados caminos se fueron anudando desde Alguazas y Blecua, donde pasaron su niñez, hasta este blanco rincón de la Argentina?

Yo conozco las respuestas.

El dibujo sigue y seguirá...

Graciela María Molina Martínez